

SUNGOS

El animal está servido. Una oración por todos los animales muertos atraviesa la cena. El primer mordisco va por cuenta de una de las invitadas. La grasa cubre su rostro mientras disfruta las vísceras. Es una pintura barroca cuyo punto áureo está en las orejas del cadáver. El segundo bocado es privilegio de quien da de comer a los comensales. Los pedazos de carne en su barba pervierten los ojos del tercer comensal oculto tras un silencio voraz. Las pieles del alimento crujen, son una sinfonía de gruñidos. La mesa parece un desierto movido por desesperados.

— ¡La posibilidad de la carne para este atroz encierro! — se escucha en tanto la cuarta comensal masca las orejas tostadas del sacrificado. Se muelen hasta los huesos; se destrozan las vísceras, los ojos y el cerebro. Nada debe quedar en el plato, pues todo debe devorarse como manda el anfitrión.

Pero el animalito asado se consume pronto. Ante su prematura desaparición, otras carnes aparecen. Primero es un seno cuya dueña deja morder en tanto sus alaridos son quejidos amorosos. Los dedos de un pie saben a piel recién salada. Barbas grasosas son arrancadas por voraz mandíbula. Se disfrutan labios sangrantes y ungidos de sebo. Sangre y grasa son la consumación del goce mayor.

Los sonidos se confunden con alaridos de excitación colectiva. Todos son una carne que se consume de a pocos y por todos, escandalosamente, importunando a los demás habitantes del edificio.

— El recibo de administración, patroncito — Dice el celador con una falsa e inoportuna timidez golpeteando la puerta.

— Y que hagan el favorcito de bajar el volumen — ordena con un ruego imperativo, muy del sur, cuando alguien quiere que algo acabe inmediatamente.

Todo ha sido consumado. Los cuatro recogen los restos del agasajo para dirigirse a sus apartamentos. Llevar los vestigios de comida como si fueran los recuerdos de la pasión.

En otro apartamento, en la calma de la noche, alguien saca una bolsa cuidadosamente guardada con restos del animalito. Muerde suavemente, tratando en lo posible que su sonido y sus gemidos suenen levemente perceptibles para su compañera, la cual no duda en pasarse a su cama y seguir disfrutando de esas piezas de hediondez y voluptuosidad. Mientras soporta el hedor en sus dedos, la otra la muerde, poco a poco. El ofrecimiento

es comprendido en tanto juega con su piel engrasada con la premeditación de la cazadora que no le importa ser cazada.